

LA TRANSFIGURACIÓN POÉTICA Y SU LECTURA

VICTORINO POLO GARCÍA
Universidad de Murcia

*Al salir de la selva,
hacia el alto vacío de los dioses*
PABLO NERUDA

La misteriosa encrucijada que toda poesía significa, bien pudiera concentrarse en los espléndidos e inquietantes versos del poeta chileno, que armonizan los dos extremos del arco entre los que cualquier discurso literario se mueve. De un lado, la *selva* huraña y distante de la realidad que cotidianamente se nos impone con todas sus limitaciones y cercados, de manera que la capacidad volitiva y de imaginación terminan en las cenizas de la impotencia, de lo definitivamente inmóvil y, por lo mismo, muerto a poco que dejemos fluir los heraclitianos ríos. De otro, ese *alto vacío* preñado de todas las virtualidades posibles y donde la fantasía tiene su asiento por derecho inalienable, las alturas y la dilatación impregnada del espacio, es decir, aquello que todavía *no es* —por emplear un símil presocrático, casi parmenídico— pero que aparece a la espera de la plasmación y la esperanza sin límites preestablecidos, para terminar sus comienzos bajo la mirada irónica y expectante de los dioses. La divinidad, el vacío y la selva, como diamantinos ejes del mundo poético.

Y no se trata, claro es, de la vaguedad más o menos romántica como elemento indefinidor de la poesía, aunque sí del ambiente que precede a la plasmación real del poema, es decir, de la naturaleza plausible y permeable que producirá la emoción sentimental o las raíces últimas del pensamiento en los lectores desprevenidos, que un buen día se encuentran con las palabras creadoras enristradas y dispuestas para la simpatía. Porque pasando del poeta Neruda a la definición filosófica, la idea de Hegel me parece una vez más siempre digna de recordación y encomio: “La obra de arte es un medio, a través del cual, el hombre exterioriza lo que es”.

O lo que viene a ser lo mismo, la poesía por definición y alcance no es otra cosa que un humanismo profundo formulado con otras palabras, al menos con distinto orden y tonalidades de esas palabras, salvo cometer el inveterado error histórico de confundir la desencarnación de la palabra con las pretensiones del placer escrito y aún hablado. Si prescindimos del

humanismo caeremos inevitablemente en la vacuidad, en el nombre sin poder y sin remedio, en la maniquea extrapolación del ser y de las cosas que redundan y proyectan lo que somos. La palabra literaria se nos ha dado para poder exteriorizarnos, para remediar todas las tensiones parturientas del sentimiento y de la razón, para que el vivir prolongue a la creación, y para que esa creación transfigure la vida potenciándola hasta donde sea posible. El fenómeno de hominización es la tarea en la que estamos empeñados desde los orígenes, que comenzó con la primera palabra utilizada para designar y definir en esencia el mundo lírico que al hombre, al definitivo de los hombres, le sea dado configurar.

Pero esto nos conduce a la evidencia de que la poesía en último término es la filosofía misma revestida de diferentes ropajes, o lo que es su igual, la filosofía fue originariamente la única poesía esperable, de donde la tautológica conclusión de que filosofía y poesía son una y la misma cosa. De manera que la expresión definitiva sería aquella capaz de armonizar el más profundo pensamiento y la más cabal sentimentalidad de manera inseparable. Cuando el Dios de los cristianos afirma en el Antiguo Testamento: “Yo soy el que soy”, está diciendo, entre otras muchas cosas, aquella que auna lo teológico, lo filosófico y lo poético a la vez; en suma, la trascendencia, la sustantividad y la adjetividad dentro de única vasija imperecedera, inmutable y cambiante por completo de modo simultáneo. De ahí, también, que los términos de la divinidad y la humanidad sean los polos de atracción de la fenomenología poética, como muy bien expresara Hölderlin, el poeta loco a fuer de lúcido, cuando decía: “El poeta es un médium entre los dioses y los hombres”. Como no podía ser de otro modo. Y adviértase que estamos hablando de poetas, de vates, y no sólo de simples rimeros o versificadores, tan necesarios en la República de las Letras, pero lejos-luz de lo que el poeta es y significa. Porque también fue Hölderlin el que afirmó: “El hombre es un dios cuando sueña, un pordiosero cuando reflexiona”.

Lo que viene a querer decir que, si bien pensamiento y sentimiento deben andar unidos en el mester del poeta, es preciso no olvidar el lugar que cada realidad ocupa en su trabajo. La menesterosidad reflexiva es necesaria y previa, como ingrediente supuesto, para desembocar en la plenitud del sentimiento, es decir, del sueño.

Y aquí convendría un cierto detenimiento, habida cuenta que la palabra “sueño” suele ser muy repetida y utilizada, en ocasiones no con excesivo rigor, para definir lo que pudiera ser la esencia de la poesía en alguna medida. La oposición reflexión/sueño no me parece especialmente acertada, entre otras razones porque los planteamientos maniqueos apenas si tienen significado cuando de crear mundos se trata; antes al contrario, limitan la expresión de manera alarmante y, por lo mismo, innecesaria. Pero es que además, necesitamos precisar con la nitidez posible en qué consiste eso que llamamos sueño, no sea que vengamos a reincidir una vez más en las obviedades. Para entendernos y no hacer prolija la explicación, bastaría decir que normalmente el hombre se encuentra inmerso de manera natural en dos tipos de situaciones: el *estado de realidad* y el *estado de sueño*, con la única diferencia entre ambas de la perceptibilidad sensible en la primera; y su negación, por trascendencia, en la segunda, amén de que el estado de sueño es la culminación perfecta de cualquier estado de realidad, de manera que las asume a todas y las conduce a la eternidad de lo fijado.

Porque en determinadas zonas de la poesía el sueño se revela como, incluso, más real que la realidad misma. Recuérdese el poético relato de Borges “Las ruinas circulares”, donde realidad y sueño se funden en una misma apariencia, constituyendo la materia única del *poema*. Y ya que hablamos de ambientes orientales, no es ocioso recordar la inquietante “Oración tibetana” que reza:

¡Oh, cuando el Bardo del Estado del Sueño
alborea sobre mi!
Que no actuando como los animales en su indolencia,
la fusión del estado de sueño y de experiencia real
sea altamente apreciada por mí.

Esta es la base primaria, la conciencia de que el estado de sueño y el estado de realidad deben fundirse para entender en qué consiste el misterio universal de la poesía, la transformación milagrosa, según salmodia la misma oración.

Pero todo esto implica que la imaginación creadora, en soberana visión de trasmundos, es absolutamente necesaria para el lector de poesía que no se limite a los primeros y elementales predios. La reflexión se da por supuesta y entonces parece claro que identificar poesía con lenguaje artificioso es, cuando menos, exponente de clara miopía crítica y definidora.

Es cierto que sobre el sueño y la realidad, el fenómeno poético necesita un lenguaje que lo exprese, incluso puede afirmarse que la poesía es inseparable de su propio y peculiar lenguaje, porque el lenguaje remite a las cosas y, fuera de su musicalidad propia, aquel nada posee que no le haya sido prestado por esas mismas cosas. Porque las cosas son poéticas y no sólo en potencia, sino también y principalmente en acto, ya que de otro modo sería imposible captar la poesía, ni siquiera en aras de la más pura imaginación, del más acendrado sueño. Gaston Bachelard tiene razón: cosas poéticas y, por mínima coherencia, se precisa una *poética de las cosas*, sin más distinciones. Después vendrá el lenguaje poético y tarea del poeta es hallarlo y establecer a partir de él las múltiples relaciones estructurales de semejanza e identificación, a efectos de que el mundo poético disponga de un adecuado vehículo expresivo para que salga de la caverna de sombras y se revele al hombre en la luminosidad de su esplendor. El crítico deberá desentrañar el entramado del lenguaje, organizarlo y hacerlo sistemático, para que cualquier persona en la medida de sus posibilidades se oriente guiado en el acercamiento al poeta, al mundo de la poesía, hasta el mismo brocal del pozo: la experiencia poética definitiva nadie podrá ofrecérsela, necesitará el metafórico y real *amoroso lance* de San Juan de la Cruz, para que se produzca la revelación. En suma, la expresión debe ser investigada en tanto que luz del camino y no sólo para saber la diferencia entre el contenido y la expresión.

Resulta necesario, pues, buscar en el poeta contenidos graves y serios. Y menos serios, pero contenidos al fin y al cabo, puesto que si los marginamos permanece sólo el alambique, la máquina de la combinatoria. La manera de decirlo y el poema, salvo que se pretenda una evasión cómoda, un escapismo negador. De ahí que no valgan sólo ideas como la de García Márquez, quien afirma que la obligación del escritor es escribir buenos libros. Es preciso un escribir bien y un escribir consecuente, lo que significa importancia del poema y también del poeta.

A estas alturas nadie discute que la poesía es inmanente al poema, sobre todo desde que Saussure adoptó el punto de vista de la inmanencia. Sin embargo, la poética no debe confundirse con la lingüística, porque, en el peor de los casos, necesita explicar algo más que los procesos de lenguaje. El poeta lo es, en primer término, por lo que ha pensado y sentido. Si sólo fuera un creador de palabras, habría que llamarle de otra manera. Porque si la poesía es pensamiento metafórico, y estamos convencidos plenamente de que lo es, también significa experiencia múltiple, o sentimiento profundo, todo ello expresado con un particular lenguaje, que será más o menos artificioso según el grado de evolución histórica en el que se inserte, si bien no puede entenderse como *lenguaje de arte* sin adjetivos. En definitiva y contra el tópico,

el lenguaje natural es por definición el verso, a la vez que la prosa, también por definición, se constituye en lenguaje más artificioso y complejo.

La inquietud adviene, sin embargo, cuando preguntamos por el cómo, por el modo de leer los textos. Habrá que convenir en que la poesía también es *pensar con claridad* y *sentir con fuerza*, si bien en cada caso concreto los fines del poema y del poeta pueden ser cambiantes y variables, lo que conduce a las mutuas ingerencias, puesto que el *pensar con claridad* contagia de cierto orden lógico al *sentir con fuerza*, mientras que esto último provoca pequeñas disgregaciones en lo primero. Y para evitar una teoría prolija, podría simplificarse concretando en tres grandes zonas de actuación las posibilidades de lectura del poema:

- Zona del sentimiento.
- Zona del pensamiento.
- Zona del lenguaje expresivo.

En consecuencia, la dialéctica de la triada puede aproximar a las inmediateces de la poesía, siempre a través de los particulares campos del poema. Dialéctica que manifiesta cinco posibles mundos o caminos de acceso:

- Mundo de los impulsos del poeta.
- Mundo de los fines del poema.
- Mundo de la experiencia.
- Mundo ideológico.
- Mundo de la transfiguración del lenguaje.

Claro está que todo esto resulta, quizá, excesivo cuando de incitar al sufrido lector se trata, partiendo de la base de que tiene en sus manos un libro que encierra una respetable cantidad de poetas, de la más variopinta calidad y términos cronológicos, así como de credos estéticos y de compromiso humano y de otros talentos. Pero la poesía es así y no podemos cambiarla aunque lo pretendamos, salvo el evidente pecado de marginación y superficialidad. El posible lector de versos que no necesita ser convencido de que debe leer por vocación, ni siquiera por el placer de ocupar su tiempo en el *dolcer far niente* que suele predicarse de la literatura, no digamos de la poesía. Y cuando descienda de su Olimpo perdido para encontrarse con los poetas que se le ofrecen, sabrá de antemano que va a tropezar con un conglomerado de poemas en cuya sapiente y jocunda variedad estriba uno de sus no escasos méritos, de manera que se acercará al hontanar esperando lo que sin duda va a recibir: una poesía cargada no sólo de buenas intenciones, sino de plenos logros maduros que unas veces le van a desasosegar, otras le van a encantar y no pocas le van a producir el *estado de sueño* de donde, como decíamos, brotará el fulgor de la rehumanización a través del arte.

Y como serían infinitas las cuestiones de todo tipo que podríamos plantear, para dar fin a este breve razonamiento cabría preguntarse por la gravitación que la poesía y su lectura profunda puede tener sobre quien se acerque a sus páginas. Nada mejor para ello que traer a cita las palabras de Northop Fry, definitivas y marmóreas: “Y como el mito y la metáfora son hábitos mentales y no meros recursos de artificio, su aprehensión nos deberá conducir no simplemente a admirar más las obras literarias, sino a transferir a nuestra vida algo de su poder imaginativo. Es esta transferencia la que constituye el propósito de toda educación artística y de cuya posibilidad las demás artes dan testimonio”.